

REPERTORIO AMERICANO

Tomo 9

Núm. 12

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 24 DE NOVIEMBRE

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *La victoria uruguaya*, por B. Sanín Cano.—*Pies y cabeza*, por Andrenio.—*El Canal interoceánico nicaragüense*, por A. Batres Jáuregui.—*La estrella de Ginebra*, por Luis de Zulueta.—*Abejas milenarias*, por José Ortega y Gasset.—*Impresiones de arte*, por R. Yglesias Hogan.—*Juan Crisóstomo Lafinur*, por R. F. Giusti.—*César Conto*, por Santiago Pérez.—*Testamento político* de César Conto.—*Dietario en Zig-Zag*, por Ramón Vinyes.—*Página lírica* de C. Préndez Saldías.—*La Edad de Oro* (Con lecturas para los niños).

La victoria uruguaya

(De *La Nación*, Buenos Aires).

Un diplomático japonés dijo, sonriendo, como suelen expresar los nipones la verdad, especialmente la que asume caracteres amargos, que mientras su país no era conocido en Europa más que por las pinturas de Utamaro y de Hokusai, por las inimitables lacas, adorno de los grandes salones occidentales, o por las imágenes fascinadoras de la Gracia eterna y sonriente, la sabiduría y la política europeas consideraban al Japón como una tierra de salvajes. No carecían de inteligencia, se decía entonces, pero son un país semibárbaro. Añadía el diplomático, suavizando la mueca impenetrable de su sonrisa, que cuando los japoneses estuvieron en capacidad de construir buques de guerra a la moderna, cañones de largo alcance y sentaron plaza de ser grandes matadores de hombres, destructores en masa del género humano, la vieja Europa empezó a tratarlos como gente civilizada.

Europa gasta tiempo para enterarse y cuando se ha enterado procede como si en realidad estuviera todavía bajo el influjo de la ignorancia. Europa es un viejo continente y los viejos aprenden con trabajo, rehusan confesar que han aprendido y acomodan difícilmente su vida a las lecciones de la experiencia. El niño se quema una sola vez acercando la mano a la llama con ánimo de agarrarla. El hombre viejo padece muchas quemaduras morales antes de abandonar prejuicios, insinuaciones de la vanidad, falsas ideas heredadas, o verdades incompletas, que son las mentiras de vida más tenaz. Si el arreglo de la paz europea hubiese estado en manos de los niños, quiero decir, de pueblos jóvenes, el año 1924 no estaría empeñado todavía en sostener una guerra, no por ilusoria en sus resultados menos infatista para la civilización. La incapacidad del europeo para aprovechar las lecciones de la experiencia es una verdad desconcertante. Es inferior su inteligencia a la de los animales de comprensión media. Si el hombre o una calamidad menos ruda que el hombre, tal como un vendaval, una inundación o un incendio destruyen un hormiguero, las hormigas sobrevivientes emprenden sin demora la reparación de su guarida y no pasan días antes de que la obra esté concluida. El hombre destruye para su deleite la obra de la abeja en una hora de labor sistemática: la abeja gasta días para reponer el daño del hombre: pero por más complicada y perversa que haya sido la obra de destrucción, el insecto favorito de los naturalistas no vacila en emprender la renovación de su vieja morada con la tenacidad e inteligencia de la especie. El castor, menos complicado inte-

lectualmente que las hormigas y las abejas, colocado muy abajo por los naturalistas en la escala de los mamíferos inteligentes, repara sin demora los diques destruidos por la Naturaleza. Pero es fama que cuando llega a comprender que el daño no depende de la Naturaleza, sino que procede de la mano del hombre, abandona la idea de reparar sus habitaciones lacustres o fluviales, reniega de la vida en sociedad y se refugia en los bosques, dando así testimonio científico de que hay una especie entre los animales, cuyo poder destructor sobrepasa la diligencia del castor, su amor al orden y su predilección por la vivienda en diques y represas, forma de edificación imitada, sin duda, por nuestros antepasados, después de muchos siglos de observar la obra del diligente roedor.

El hombre de Europa, el descendiente hipercivilizado del hombre de Neardenthal, destruyó en cuatro años de siniestro guerrear muchos valores materiales y algunos de carácter moral que parecían indestructibles; menos inteligente que la abeja o la hormiga, en seis años no ha podido reparar el daño material; parece que ha perdido la esperanza de renovar o reemplazar por otros los valores espirituales que tiró por la borda en un momento de pánico y ésta es la hora en que el pequeño burgués de Francia, el nacionalista obcecado de Alemania, el moscovita arruinado y errante, el hombre de la City empeñado en consultar la tabla de intereses, obran y calculan como si amenazara una guerra para una época vecina. Hemos vuelto a la pesadilla de la guerra amenazante en la primavera siguiente que se iniciaría en los Balcanes y podría extenderse a toda Europa, como en efecto vino a suceder, a pesar del escepticismo de los mismos profetas.

El hombre europeo, el que con una falta desoladora del sentido del humor se clasificó en la historia natural con el apelativo de *sapiens*, no solamente es tardo en recibir las lecciones de la experiencia, sino que interpreta torcidamente las pequeñas verdades suministradas por la casualidad y muy a menudo por la pereza. Tal es el caso del Japón, según lo expuso la irónica sonrisa del astuto diplomático. Ni el arte del japonés, ni su concepto general de la vida fueron prueba de inteligencia ni de cultura para el europeo supercivilizado. Necesitaba otros elementos de juicio. Las máquinas de guerra se los suministraron a su turno.

Cosa parecida acaece con el Uruguay en estos Juegos Olímpicos porque vamos pasando. La inteligencia fundamentalmente impermeable del europeo había rehusado con empeño el impregnarse de una noción geográfica muy sencilla, expresada en tres palabras: «República del Uruguay». Era un país de la América Meridional, más pequeño que el Brasil, donde solía haber revoluciones. Los ingleses, más prácticos que los demás europeos, habían